

# Comida

## en efectivo / Banking on Food

Tras años de dificultades legales, se abrió el primer banco de alimentos en Chile, un sistema que evita que las empresas boten sus productos y ayuden a millones de necesitados. /

After years of legal difficulties, Chile's first food bank is open for business with a system that helps companies put unused products to good use in impoverished communities.

TEXTO \_ TEXT MATÍAS SÁNCHEZ

**T**oneladas y toneladas de comida quemada. Día tras día. La burocracia chilena obligaba a incinerar los alimentos que no pudieran ser comercializados debido a la cercanía a su vencimiento o por defectos de fabricación, rotulación u otros. No había posibilidad de que esos víveres pudieran donarse a instituciones de caridad, salvo que las industrias y supermercados estuvieran dispuestos a pagar impuestos por el 35 por ciento de su valor comercial.

Contra esa inaceptable realidad se rebeló el argentino Carlos Ingham, ex alto ejecutivo de JP Morgan radicado en Chile. En 2002 escuchó por primera vez sobre los bancos de alimentos y pensó que en Chile hacía falta una entidad que recogiera y almacenara esos excedentes para distribuirlos, por ejemplo, entre hogares de niños y ancianos, o en centros de rehabilitación de adicciones, de acuerdo con sus necesidades reales. Pero se encontró con esta muralla tributaria, que recién pudo ser derribada tras siete años de presión sobre las autoridades y parlamentarios. Así, en junio de 2010 comenzó a operar Red de Alimentos –presidida por Ingham– con el propósito de distribuir entre obras de beneficencia la mayor cantidad posible de comestibles que las empresas y supermercados no puedan vender.

La idea surgió hace más de cuatro décadas. John van Hengel era voluntario en Phoenix, Arizona, cuando se fijó en una mujer que cada día trasladaba diversos alimentos en una carretilla. Ella los obtenía de lo que se botaba en los centros de distribución de los supermercados para alimentar a sus nueve hijos. Ese indicio lo movilizó. Tras convencer a diversos comerciantes de la ciudad para que le donaran lo que no pudieran vender, en 1967 fundó el primer banco de alimentos. Una década después dio forma a una red nacional –conocida hoy como Feeding America–, la que actualmente incluye 200 bancos que entregan víveres a 50 mil instituciones. Se estima que uno de cada ocho estadounidenses es alimentado por esta iniciativa en al menos una ocasión al año. »

**T**ons of food were burned every day as the Chilean bureaucracy forced the incineration of food that could not be sold, either because it was close to its expiration date or due to problems related to production, packaging or other factors. Even though it was still good, the food could not be donated to charitable institutions unless the industries and supermarkets were willing to pay taxes equivalent to 35 percent of its commercial value.

Faced with this unacceptable waste, Argentinean Carlos Ingham decided to take a stand. Ingham is a resident of Chile and former high-ranking executive at JP Morgan. In 2002, he heard about food banks for the first time and realized that Chile needed an organization to collect and store this excess food in order to redistribute it among homes for children and seniors or rehab centers, in accordance with their needs. It took seven years of lobbying government authorities and members of Parliament to overcome the tax barrier. In June 2010, the Red de Alimentos – with Ingham at the helm – began operations, with the objective of collecting the food that companies and supermarkets were unable to sell and distributing the greatest possible quantity among a range of charitable organizations.

The notion of food banks was born over four decades ago. John van Hengel, a volunteer in Phoenix, Arizona, noticed a woman who rummaged for food in the refuse bins behind grocery stores and took what she found home to feed her nine children. Inspired to take action, van Hengel convinced a number of the city's business owners to donate what they couldn't sell. He founded the first food bank in 1967. A decade later, this organization had grown into a national network. Known today as Feeding America, this network currently includes 200 banks that provide food to 50,000 institutions. It is estimated that one in every eight U.S. residents is fed by this initiative at least once a year. »



Carlos Ingham

En las últimas décadas el modelo se ha propagado en medio centenar de países, la mayoría de ellos desarrollados, como Canadá o Alemania. Sólo en Francia existen 79 de estos bancos. “Eso demuestra que el problema de la alimentación no es exclusivo de los países más pobres”, asegura Ignacio Undurraga, gerente general de Red de Alimentos. Si bien el libre mercado ha traído una mayor disponibilidad de recursos alimenticios, a su alero han surgido brechas que impiden que todas las personas tengan oportunidades similares para acceder a la comida. Entonces, los bancos de alimentos sirven para ordenar de alguna forma la distorsión entre la oferta y la demanda por comestibles.

“Nuestra intervención hace más eficiente la distribución de los alimentos”, explica Carlos Ingham. Por ejemplo, si el banco recibe un contenedor de leche que vence en pocos días, tiene la capacidad de evaluar cuáles son las instituciones de beneficencia que están desabastecidas del producto. Luego, en vez de dejar todo el cargamento en un solo lugar, lo distribuye racionalmente. “Nosotros realmente podemos llegar a los segmentos de población más carenciados y entregarles el tipo y cantidad de alimento que más les hace falta, de acuerdo a sus dietas específicas”, agrega Pierina Bocic, gerente comercial de Red de Alimentos.

Independiente del beneficio que significa dar alimento a miles de necesitados, la existencia de estos bancos es una enorme ayuda para las entidades benefactoras, que en su mayoría gastan gran parte de su presupuesto en comprar comida. “Esto tiene un doble efecto, porque además de darle alimentos nutricionalmente más balanceados, le das la posibilidad a la institución que use ese dinero en otras necesidades”, precisa Ingham. En el caso de los donantes, les permite importantes ahorros en bodegaje y transporte de los productos que no se pudieron comercializar.

Financiado sólo por donaciones, el modelo opera con el mínimo de costos. Una bodega, un par de personas que la administran y decenas de voluntarios que operan como ejecutivos de cuenta que, al igual que en los bancos reales, se dedican a captar y colocar recursos que tienen la particularidad de ser comestibles. Las principales exigencias son que los alimentos no se encuentren vencidos y que las obras de beneficencia no se hagan totalmente dependientes de este sistema, pues como afirma Ingham, “los receptores de la ayuda no deben abandonar su labor para proveerse de alimentos. Nosotros somos una ayuda, parte de la solución, pero nunca toda la solución”. in

Over the past few decades, the model has spread to about 50 countries, most of them industrialized nations, like Canada and Germany. There are 79 banks in France alone. “The problem of feeding people is not just the concern of the poorest countries,” says Ignacio Undurraga, general manager of Red de Alimentos. While the free market has brought a greater availability of food resources, it has also created gaps: not everyone has the same access to food. The food banks work to balance the inequities in supply and demand.

“Our involvement makes the distribution of food more efficient,” explains Carlos Ingham. For example, if the bank receives a carton of milk that is set to expire within a few days, it is able to evaluate which charitable institutions are running low, and instead of leaving the entire shipment in one place, it can distribute the resources in a rational manner. “We can really reach the neediest segments of the population and give them the kinds and quantities of the food resources they need, according to their specific diets,” explains Pierina Bocic, the commercial manager of Red de Alimentos.

Beyond the benefits of feeding thousands of needy people, the food banks are a huge boon to charitable organizations, most of which spend a large part of their budgets on food. “The food bank has a double impact, because in addition to providing more nutritionally balanced food, it allows the institution to use that money to address other needs,” says Ingham. The donors, on the other hand, save on the storage and transportation of food that they were unable to sell.

Financed entirely by donations, the food bank operates with minimum overhead: a warehouse, a limited administrative staff and dozens of volunteers who act as account executives. Just as in actual banks, they dedicate themselves to obtaining resources and allocating them efficiently, only in this case, they’re dealing with food. The primary challenges are making sure that the products are still good and that the charitable institutions do not become completely dependent on the system. As Ingham explains, “Those who receive the aid should not abandon their efforts to provide their own food. We’re here to help, to be part of the solution, but not the whole solution.” in